

**A LA MUERTE DE DON SEBASTIAN DE BENALCAZAR,
ADELANTADO DE LA GOBERNACION DE POPAYAN,
DONDE SE CUENTA EL DESCUBRIMIENTO DE AQUELLAS
PROVINCIAS, Y MEMORABLES COSAS EN ELLAS
ACONTECIDAS.**

CANTO TERCERO

Donde se cuenta cómo Benalcázar procuró llegar a sí el número de españoles que le fué posible para ir en seguimiento de la noticia que de Bogotá le dió el indio que halló en la ciudad de Quito, y lo que aconteció en aquel viaje a él y a sus capitanes.

Si pudiesen por letras ser patentes
Los pasos por do fueron los primeros,
Escelsas cumbres, sierras eminentes,
La brava multitud de los guerreros,
Pornían en espanto los presentes
Y en gran admiración los venideros,
Y ternían por hechos soberanos
Aquellos que resultan de sus manos.

Mas como los que vienen nuevamente
Hallan ya por allí mesón y venta,
Guisada la comida, y el sirviente
Humilde para lo que les contenta,
Nada, viendo no más de lo presente,
De lo pasado se les representa;
Y ansí no corre más baja moneda
Que quien lo conquistó, si vivo queda.

Y no fué cada cual, a lo que veo,
Menor en allanar dificultades,
Quel nieto valdísimo de Alceo,
Celebrado de las antigüedades;
Porque no son las del león Nemeo,
Sino mayores monstruosidades,
Y si los tales eran hechos buenos
No fueron los de Benalcázar menos.

El cual, dispuesto para la jornada
Que vistes en la ríthma precedente,
A la ciudad volvió recién fundada
Del dicho San Miguel a buscar gente,
Dejando con caballos aviada
Aquella que tenía de presente,
Con Ampudia, que luego hizo vía
A Pasto, donde Añasco residía.

Fué Juan de Ampudia dél obedecido
Por general, supuesto que traía
Buenos recados y poder cumplido
Del dicho Benalcázar, que lo inavía:

Cada cual dellos pues apercebido,
Y el indio que dijimos siendo guía,
A Bogotá dirigen su cuidado
En busca y en demanda del Dorado.

Anduvieron gran número de días
Rompiendo por montañas despobladas,
Tristes, lluviosas, cenagosas, frías,
De luz y de salud desamparadas,
De por medio las altas serranías
Y cordillera de sierras nevadas.
Que dividen la poderosa vena
Del río Cauca y de la Magdalena.

Viendo cómo la gente perecía
Y que la tierra daba mala muestra,
A todos pareció que convenía
Ir declinando acia la siniestra
Mano; más aquel bárbaro porfía
Que su Dorado dejan a la diestra,
Y ellos huyendo de los despoblados
A Cibundoy salieron mal parados.

Provincia que tenía sus terrenos
De buenos alimentos proveídos
Donde llegaron ya caballos menos
Y algunos españoles fallecidos:
Reformáronse pues en estos senos,
Estando veinte días detenidos.
Desde donde salían en cuadrillas
A descubrir las más cercanas villas.

Destos una guerrera compañía
De fuertes caballeros y peones
Descubrieron el valle de Patía,
Adonde vieron buenas poblaciones
Y gente bien armada, que venía
Con brazaletes, pectos, morriones
Y otras diversas joyas de oro fino,
Agradables al campo peregrino.

Rodearon con redes las zavasas
 Para tomar con ellas los caballos:
 Los nuestros, como vieses partes llanas,
 Do pueden a su gusto meneallos,
 Jugaron de las astas castellanas
 Sin temor de las redes ni trasmallos;
 Y así caídos como los enhiestos
 Quedaron de sus joyas descompuestos.

Conclusos los guerreros movimientos
 Y vencida la bárbara braveza,
 Recogieron aquellos ornamentos
 Y a Cebundoy volvieron con presteza,
 Alegres, placenteros y contentos
 Por ser indicio de mayor riqueza;
 Y así todos entraron en Patía
 Para ver los secretos que tenía.

Asentaron real en los ejidos
 Para se defender acomodados,
 Y tres días después de ser venidos,
 Estando del asalto descuidados,
 Fueron de multitud acometidos
 No menos que por todos cuatro lados,
 Cada cual indio con pavés de danta
 Que cubre de los piés a la garganta.

Los rostros con pinturas espantables,
 Muestra de la braveza de sus pechos,
 Caribes, carniceros, detestables;
 Lanzas y dardos eran los pertrechos
 Que defensivos hacen penetrables,
 Por ser de palma, duros y bien hechos;
 Un ruido feroz, un ronco canto
 Que no dejaba de causar espanto.

Escuadras a su modo bien compuestas,
 Regidas por caudillos principales;
 Sobre coronas de oro van enhiestas
 Plumas y colas de otros animales;
 Gran número de redes dejan puestas
 En los caminos y cañaverales,
 Con todos los avisos y recados
 Que suelen en las cazas de venados.

Porque si de sus manos escapase
 O ya caballo, ya peón lijero,
 Allí se detuviese y ocupase
 En los opuestos lazos del sendero
 Y gente que los pasos guardase,
 Y en ellos provenido carnicero
 Que cuando cae la fugace caza
 Con mano liberal la despedaza.

Reparte pues Ampudia sus soldados
 Con la presteza que se requería:
 Salen los caballeros bien armados
 Al lado cada cual que le cabía;
 Ciento y setenta son los señalados
 De peones y de caballería
 Y de los enemigos diligentes
 Sobre tres mil robustós combatientes.

De las robustas y violentas manos
 Ya los jáculos vuelan a porfía,
 En partes rasas y lugares llanos,
 Según el español apetecía;
 Aumentanse los golpes inhumanos,
 Suena la descompuesta vocería,
 Pelea cada cual donde se halla,
 Sin ver quién hace más en la batalla.

Porque de tantos eran rodeados,
 Que no se dejan ver hazañas bellas;
 Bien como muchedumbre de nublados
 Impide claridad de las estrellas,
 Hasta tanto que son ahuyentados
 Por secos vientos y parecen ellas:
 Así no ven la gloria ni la injuria
 Hasta que pasó primera furia.

El de caballo rompe y atropella
 Cambiando aquí y allí lanza no tarda;
 El brioso peón sigue su huella,
 Que con gran vigilancia lo reguarda;
 Cada cual en su puesto hace mella
 Por la gente que vía más gallarda:
 Rompe los aires vagos con gemidos
 La grande multitud de los caídos.

Hierve la furia, crece la matanza,
 Como lobos entre balantes reses,
 Anda lista la punta de la lanza,
 Apresurados pasos y reveses;
 Huellan los de católica crianza
 Por cima de los dardos y paveses;
 Y bárbaros que dellos tienen usos
 Revueltos, descompuestos y confusos.

Finalmente, la gente baptizada
 La priesa que les dió fué de manera
 Que la bárbara, vil y desalmada
 Tuvo por bueno de salirse fuera
 Del compás que tenía la llanada,
 Teniendo por mejor una ladera;
 Y así pusieron tierra de por medio,
 Que fué lo principal de su remedio.



Repararon las gentes españolas,
Ya deseosos destes intervalos,
Pero dos con caballos a sus solas
Fueron tras ellos, y en los pasos malos
Indios les echan mano de las colas,
Y allí les daban infinitos palos;
Y si tan presto no los socorrieran
Ellos y los caballos perecieran.

Destá manera Florencio Serrano,
Por quitar a dos indios los joyeles,
A pié tras ellos fué, más ya cercano
Revuelven contra él como lebreles,
Con paveses y dardos en la mano,
Según suelen aquellos infieles:
No le bastó rodela ni resguardo
Para que no lo hieran con un dardo.

Pegáronse con él, vista la llaga,
Rebatiendo con furia sus pertrechos,
Para que con humana carne haga
Los carniceros vientres satisfechos;
Aprovechóse presto de la daga,
Atravesando los caribes pechos:
Escapó dellos y de la herida
Y en el presente tiempo tiene vida.

Alguna gente de caballo vido
Aquel conflicto y aflicción notoria,
Y no pudo ser dellos socorrido,
Por no hallarse vía transitoria:
Al fin él, puesto caso que herido,
Volvió con ricas joyas y victoria;
Y todos sin mortífera querrela
Allí tuvieron razonable pella.

Descansaron la noche, y otro día
Parte de los caballos y peones
Recorren aquel valle de Patía,
Descubriendo bien puestas poblaciones,
De las cuales la gente les huía
Sin intentar bélgicas cuestiones:
Hallaban proveídas las posadas,
Y ansí hacían cortas las jornadas.

Yendo pues nuestra gente castellana
Mirando bien el uno y otro seno,
Subieron con frescor una mañana
A parte que mostró mejor terreno,
Crecida población en tierra llana,
Y de grata labor el campo lleno:
Tierra de Popayán, de cuyas venas
Dorados granos daban manos llenas.

Era la fuerza deste principado,
Que Popayán tenía por segura,
Un espacioso fuerte rodeado
De guadubas nativas y espesura
De cerca, que tenía cada lado
Sobre cincuenta pasos en anchura:
La cual cerca, demás de ser tan gruesa,
Era sobremanera muy espesa.

Son cañas altas, huecas, pero duras
Tanto que no terné con gran esceso
Comparallas en estas escrituras
A la dureza del humano hueso:
Largos cañutos son sus coyunturas,
Como muslo de un hombre lo más grueso;
Allí muy enhetradas y nacidas
De muchos años y de largas vidas.

Pues como viesén ir nuestros soldados
Los que dellos estaban en espera,
Siendo de centinelas avisados,
Del cercado que digo salen fuera
Cantidad de tres mil hombres armados,
A fin de les tomar una ladera
Con posturas gallardas y lozanas,
Paveses, dardos, lanzas y macanas.

Innumerables joyas fanfarronas
Del oro quel latino llama puto,
Con pectos, brazaletes y coronas
Que son según caperuzas de luto,
De bija rubricadas las personas,
Alarde y escuadron nó mal instruto,
Y cargadas de dardos mil mujeres
Que servían en estos menesteres.

El alto pues tomó nuestro caudillo
Primero que la gente de poporo,
Y tanto metal vieron amarillo
Que con la muestra de mayor tesoro
Dijo riendo Miguel de Trujillo:
"¡Oh! plegue a Dios, amén, con tanto oro;
Buen ánimo, buen ánimo, cristianos,
Que bien tenéis donde llenar las manos".

Acometiéronles desde las cuestras
Para quitar las crestas a los gallos;
Mas ciénagas hallaron contrapuestas,
Impedimento para los caballos;
Llevaban solamente tres ballestas
Y amparo de quien sepa reguardallos,
Y destas ayudados los peones
Pasaron empleando los harpones.

Con valor admirable pelearon,
Y furia de los indios resistieron,
Hasta que los caballos ya pasaron
Por cómodo lugar que descubrieron;
Con gran obstinación indios cargaron,
Y con mayor los nuestros combatieron,
Aunque no con avisos convinientes
Por se hallar en partes diferentes.

Uno de los jinetes se abalanza
Solo, sin tomar término medido,
Mas de la mano le sacó la lanza
El bárbaro con ella mal herido;
Tomara con la misma la venganza,
A no ser de españoles socorrido,
Quitándola con dalle mortal sueño,
Y así se la volvieron a su dueño.

No muestra Juan de Ampudia lanza vana
Pues la trae de sangre rubricada;
Mas por un principal dura macana
Con tan terrible golpe fué librada,
Que le quitó y echó por tierra llana
El fuerte morrión o la celada:
El noble capitán se vió perdido,
Y en aquel punto casi sin sentido.

Como lo vieron con algún sosiego,
Algo turbada la guerrera mano,
Cargó sobrel impetuoso fuego
Y multitud de bárbaro cercano:
Francisco de Aguilar acudió luego
Juntamente con Florencio Serrano,
Y en escapándose de la canalla
Volvió con más rigor a la batalla.

Rompe la lanza pechos y ternillas
De los que con mas brío se declaran;
Las verdes yerbas, rojas y amarillas,
Con sangre de los míseros se paran;
Finalmente, las bárbaras cuadrillas
Atónitas el campo desamparan:
Los españoles ponen su cuidado
En tomar las entradas del cercado.

Dos eran, una de otra separada,
Que miran al oriente y occidente,
Angosta cada cual en el entrada,
Pues un caballo cabe solamente;
Entraron sin rencilla porfiada
Por haberse huido ya la gente:
Hallaron grano y otros alimentos,
Y bien acomodados aposentos.

Aquestos se hicieron más abiertos
Para dormir el campo peregrino;
Tomaron de los vivos y los muertos
Grande copia de joyas de oro fino;
Van a Patía mensajeros ciertos,
Y el capitán Añasco luego vino,
Do celebraron la sagrada fiesta
De Todos Santos, con la mano presta,

Año de treinta y cinco de la era,
Con más un mil y cinco veces ciento,
Allí pues reformada la bandera,
Dejaron a los indios el asiento;
Fueron por el compás desta frontera
Continuando su descubrimiento;
Hallaron cuatro leguas del cercado
El pueblo Popayán conmemorado.

Crecida población en gran manera,
Y toda suntuosa casería,
Mas sola paja cubre la madera;
Y entrellas una casa que tenía
Cuatrocientos estantes por hilera,
Tan grueso cada cual, que no podía,
Por una y otra parte rodeado,
Ser de dos españoles abrazado.

Catorce los horcones, y cualquiera
El mayor que producen las florestas;
Admiración causaba la cumbre
Por verse pocas plantas como estas;
Casa decían ser de borrachera
Donde solían celebrar sus fiestas:
Alojáronse pues en un recodo
Ellos y bestias y el servicio todo.

Mas luego vieras sacudir las plantas
Y dar mil brincos el caballo laso,
Porque niguas y pulgas fueron tantas
Que no se vió reposo más escaso;
Y así cubiertos hasta las gargantas
Los echan del lugar mas que de paso,
De manera que les hicieron guerra
En vez de los vecinos de la tierra.

Los cuales con temor de nuestra gente
Habían ya dejado sus culturas,
Con las mujeres, hijos y adherente,
Que pudieron en tales coyunturas;
Y así los bárbaros tan solamente
Les daban grita desde las alturas,
Sin descender a los lugares llanos
Ni venir por entonces a las manos.

Con el desgusto pues el caminante
 Con que de la gran casa salió fuera,
 Un poco caminó más adelante
 Alojándose más a la ribera
 De Cauca, donde por ser importante
 El Ampudia mandó hacer bandera,
 Para que cuando necesaria fuere
 Pugnen con orden tal cual se requiere.

Fué Florencio Serrano con oficio
 De alferez por Ampudia señalado,
 Y al tiempo del divino sacrificio
 Por Garci Sanchez el beneficiado,
 Que fué después en este beneficio
 Primero (por habello trabajado),
 Esta primer bandera se bendijo
 Día del (por Egeas) Crucifijo.

Mas por entonces no se pretendía
 Dejar en Popayán pueblo fundado,
 Porque tenían ojo todavía
 A los descubrimientos del Dorado:
 Habíaseles muerto ya la guía
 Que las noticias les había dado,
 Y la tal ocasión no fué bastante
 Para que no colasen adelante.

Y así por do ventura los aplica
 Prosiguen adelante su camino
 Hasta cerca de Cali, tierra rica,
 Donde hallaron peines de oro fino,
 Con otra cantidad que certifica
 Ser próspero caudal el del vecino:
 Casas pajizas, pero con primores,
 Absentes dellas ya los moradores.

Entrellas muchas chozas muy pequeñas,
 Redondas, do varon jamás entraba,
 Por ser albergues hechos para dueñas
 El tiempo que su menstuo les duraba,
 Donde ni por palabras, ni por señas,
 Con ellas nadie se comunicaba,
 Ni consienten que cosa den ni tomen,
 Y a la puerta ponían lo que comen.

Yendo pues prosiguiendo su conquista,
 Escudriñando valles y rincones,
 Dieron al río de Xamundí vista,
 Por sus riberas grandes poblaciones:
 Allí hallaron gente que resistía,
 Lucidos y compuestos escuadrones
 Con coronas, con pectos y brazales
 Del más alto metal de los metales.

Espolean, mas hay atascaderos,
 Para poder llegar a ellos antes,
 Impedimento de los caballeros;
 Pero juzgandó ser allí bastantes,
 Pasaron como sueltos y lijeros
 Con Florencio Serrano los infantes:
 Suenan los golpes y el furor se enciende,
 Para dar fin a lo que se pretende.

A las joyas el español anhela,
 El bárbaro defiende sus cabañas:
 Hierve la confusión y el tiro vuela;
 Aquí y allí se daban buenas mañas;
 Hay dardo que traspasa la rodela,
 Y espada que descubre las entrañas;
 Descarga golpe la macana presta,
 Mas no se tarda la mortal respuesta.

Estuvo la victoria pues perpleja
 Por la fuerza del bárbaro gentío;
 Mas el espada tanto los aqueja
 Que les forzaron a pasar el río;
 A los nuestros el pueblo se les deja
 Con cantidad de joyas y atavío:
 Aumentó su temor para dejallo
 Ver apriesa venir los de caballo.

En este mismo pueblo se ranchean
 Como salieron con sus intenciones;
 Luego miran, trastornan y catean
 Los nuevos moradores los rincones;
 Halláronse del oro que desean
 Aguilas finas, pectos, morriones,
 Y en el remate de un buhío vido
 El alferez el suelo removido.

Con el hierro de la bandera cala,
 Y el asta mete con entrambas manos:
 Encontró con finísima chaguala
 Que pesaba trescientos castellanos;
 Entran otros soldados en la sala
 Con manos prestas y con piés livianos,
 Y en este mismo hoyo que cavaron
 Otros cinco mil pesos se hallaron.

Por ser aquel asiento sospechoso
 Y no tener salidas a contento,
 Tuvieron pocos días de reposo,
 Y fueron a buscar mejor asiento
 Orillas de aquel río caudaloso
 Que de Cauca tenía nombramiento,
 Donde con guadubas hicieron fuerte,
 El cual fué fabricado desta suerte:

Cortaron muchas en el espesura
Que contenía cantidad inmensa,
Y a la parte de tierra se procura
Hacer con ellas una cerca densa;
A la banda del agua, más segura,
El río les servía de defensa
Contra los otros, por les ser remedio
Tener aquel gran río de por medio.

Aquellos ven desde sus vecindades
En la barranca ranchos forasteros,
Y a causa de saber las novedades
Envían por el agua mensajeros;
Los nuestros procuraron amistades,
Llamándolos con rostros placenteros.
Y así por ruegos de la gente blanca
Ovieron de llegar a la barranca.

Diéronles cuchillejos y machetes,
Algunas estragadas herramientas,
Ciertas albanaguetas y bonetes,
Corales y otras vidriosas cuentas:
Fueron aquestos dones alcahuetes
Para hacer allí gentes atentas
A la contractación cotidiana
Que tenían a tarde y a mañana.

Y no solo varones acudían
A tales ferias y contracto pío,
Pero también mujeres se atrevían
A pasar a lo mismo por el río:
Diré de la manera que venían,
Que no será ficción ni desvarío,
Sino pura verdad y certidumbre,
Según en lo demás es mi costumbre.

En una gruesa caña cabalgando,
Y en ella de su vino cierta pieza
Como botija, con los piés bogando
Donde su voluntad las endereza;
Con rueca y huso todas van hilando,
Cesta de fructa sobre la cabeza,
Y así pasan el río mas derechas
Que por carreras llanas y bien hechas.

Juan de Ampudia después envió fuera
A cien personas bien aderezadas
Para pasar aquella cordillera
Que llaman por allí sierras nevadas:
Hallaron ser difícil la carrera
Para ver las vertientes deseadas,
Y en más de treinta leguas de camino
Nunca se vido paso sin vecino.

Poblados montes y las partes rasas,
Los fondos valles hasta los altores,
Y pueblo se hallaba de mil casas
Grandes, de seis y siete moradores
En cada una, donde de sus brasas
Y humos divididos son señores,
Con hijos y mujeres y sirvientes
Albergados en partes diferentes.

Cada cacique guarda su cabeza
Sin divertirse de su pertenencia,
Los súbditos convoca y adereza,
Y hace la posible resistencia.
Era caudillo Francisco de Cieza,
Que contrastaba bárbara potencia,
Con cuya prontitud contraría saña
Antes recibe daño que les daña.

Continuando siempre la porfía
Y pelea, do quiera que llegaron,
Tanto que cinco veces en un día
Con unos mismos indios pelearon:
Nadie de sus vecinos se valía,
Ni los unos a otros ayudaron,
Sin junta general; mas a hacella,
Con gran dificultad salieran della.

En el discurso pues deste viaje,
De que prolija relación no hago,
Llegaron a las tierras y paraje
Donde después fundaron a Cartago;
Y viendo tanta multitud salvaje
Que de congregación hacen amago,
Determinaron de volver al fuerte
Con seis heridos, aunque no de muerte.

Hallaron de salud impedimento
A causa de la vecindad del río,
Mucho servicio sin vital aliento,
Y lo vivo sin fuerzas y sin brío;
Y así luego mudaron el asiento
A Calí, prepotente señorío,
Donde hicieron población fundada
Que la villa de Ampudia fué llamada.

Estando centinelas a la mira,
Un escuadrón cruel fué descubierto,
El cual llegó con increíble ira
Y un negro del Añasco quedó muerto;
Mas fuerza de caballos los retira
Y los hizo volver con desconcierto,
Sin que fuese bastante su rencilla
Para no proseguir la nueva villa.



Pocos días después destas cuestiones
Españoles corrieron la frontera,
Y entonces descubrieron los gorriones,
Gente que les caía más afuera;
Pero volviéronse con intenciones
De ver la más cercana cordillera
En demanda del grán cacique Pete,
A quien lo más de Cali se somete.

Seis caballeros son, treinta peones,
Soldados viejos, diestros y alentados,
Que por los más sobre reventones
Suben con los escudos embrazados,
Apresurando siempre los talones
Entre tanto que no son contrastados;
Y así llegaron sin que se defienda
Donde Pete tenía su vivienda.

Vieron en uno de sus aposentos
Monstruosidad que los escandaliza,
Cueros de indios sobre cuatrocientos
Colgados, todos llenos de ceniza,
Cuyas carnes sirvieron de alimentos:
Uso que por allí se solemniza,
Y en otras casas, desta suerte llenos,
También a seis y a diez, y a más y a menos.

Según victoriosos las banderas
Que ganaron de sus competidores,
O como las pellejas de las fieras
Que cuelgan los monteros de señores,
Estas más brutas y más carniceras
Ostentan desta suerte sus furores,
Y aquel era mejor y más honrado
Que más indios había desollado.

En estos inhumanos pareceres,
Costumbres duras y desafortadas
Entraban ansimismo las mujeres
Que solían cazar y ser cazadas,
Y así por sus enojos o placeres
Tenían las pellejas ahumadas:
Eran también crueles y homicidas,
Y solían comer y ser comidas.

Huyóles a las gentes castellanias
Pete, como llegaron a su tierra,
Mas luego convocó las comarcanas
Después que más entraron en la sierra:
Alistan dardos, arcos y macanas,
Con los demás pertrechos para guerra;
Un paso ven los nuestros por delante
Para los moradores importante.

Era profunda y áspera quebrada
Forzoso paso para su viaje;
Reconoció la gente bautizada
Los intentos del escuadrón salvaje;
Pero la presta barra y el azada
Aprieta hizo cómodo pasaje;
Y así, cuando llegó contrario marte,
Tenían ellos la contraria parte.

Usaron desta buena diligencia,
Que los libró de grave pesadumbre,
Antes que la clarifica presencia
Del sol los visitase con su lumbré;
Pues allí la más firme resistencia
Era de su salud incertidumbre,
Por no tener espacio los caballos
Cómodo, donde puedan meneallos.

Ya cuando los febeos resplandores
Calentaban las gentes convecinas,
Cubiertos vieron todos los altores
De los que van tras nuestras peregrinas:
Aquí y allí resuenan atambores,
Cóncavos caracoles y bocinas,
Animándolos el cacique Pete
Que por diversas partes acomete.

Manifestaba bien ser gente rica,
Según las joyas y gallarda traza;
Entre los escuadrones la cacia
Y otras mujeres muchas, o con maza,
O con grueso bastón, o larga pica,
Para las emplear en esta caza,
Con que pensaban ocupar las brasas
Y colgar los pellejos en sus casas.

De jáculos y piedras va volando
Sobrellos un espeso torbellino;
Vanse los españoles adargando
Por el orden mejor que les convino,
Los unos a los otros guardando
Y siempre prosiguiendo su camino;
Los indios apartados de su huello
No les daban un punto de resuello.

No con trabada mano se litiga,
Por tener lo más alto la canalla;
Calor y sed y hambre los fatiga,
Sin que les den lugar a mitigalla;
El agua ven, al paladar amiga,
Pasan por ella, no pueden gustalla,
Que no se lo permite ni consiente
De los espesos tiros la creciente.

Defendiéndose van desta manera,
Del escuadrón cristiano nadie leso,
Hasta que Titan en la cuarta esfera
Puso su resplandor en igual peso;
Y habiendo demediado su carrera
Fuéles bien menester valor y seso,
Porque lengua mordaz de la cacica
Con tal reprehension a todos pica:

"O gente baja, vil, floja, cobarde,
Digna de femenino nombramiento,
¿Es posible que tanto tiempo tarde
Con tan pocos venir a rompimiento,
Y que la parte nuestra más aguarde,
Habiendo para uno más de ciento?
Romped, romped, y apechugá con ellos
Y asildes de las barbas y cabellos".

Quedaron tan confusos y corridos
De lo que dijo la mujer de Pete,
Que como de demonios revestidos
Luego cada cual dellos arremete;
Mas no fueron los nuestros removidos,
Antes menos ganó quien más se mete,
Porque vieras allí lanzas y espadas
Por ijares y pechos traspasadas.

Aquí vieras cabezas ir rondando,
Allí regar la tierra roja vena,
Ir unos con las tripas arrastrando,
Otros tenderse por aquel arena,
Brazos caídos, manos palpitando
Que de los cuerpos el furor cercena,
Mostrando claramente ser mejores
Los que eran en el número menores.

Como flujo de mar que la corriente
De los pequeños ríos entorpece,
Haciéndolos volver acia su fuente
Si verna sequedad los enflaquece,
Mas en tiempo de lluvias su creciente
Contra marinas ondas prevalece,
Tanto que por gran trecho se señala
El agua dulce dentro de la mala:

Así los que ya iban con intento
De retraer los pasos y la lanza,
Aquel encarnizado rompimiento
Trocó de tal manera la templanza,
Que con ensangrentado crecimiento
Prevalecieron contra la pujanza
Que los entretenía no sin miedo,
Antes que se probasen a pié quedo.

Algunos de los nuestros lastimaron
Los tiros de la bárbara cuadrilla,
Aunque ninguno dellos peligraron;
Pero por evitar mayor rencilla
De dar la vuelta se determinaron
A los albergues de la nueva villa,
Y porque el sol estaba ya cubierto
Tomaron por amparo cierto puerto.

Allí tuvieron vigilante ronda,
Viendo cubiertos los demás altores
De gente de macana, dardo, honda,
Que los atormentaban con clamores,
Sin quitarse jamás de a la redonda,
Tocando mil bocinas y atambores,
No concediendo punto de sosiego
Cuando lo suele dar el nublo ciego.

Mas cuando resplandor de la mañana
Ahuyentaba la nocturna lumbre,
Con gran orden la gente castellana
Comenzó de bajarse de la cumbre,
Y de los bárbaros la más lozana
Siempre les iba dando pesadumbre;
Las mujeres también destas aldeas
Los amenazan con palabras feas.

Porque tras ellos van por las laderas
Llamándolos ladrones, robadores,
Las cuales de por sí tienden bandera,
Y ansimismo tocaban atambores:
Llevan macanas, lanzas, tiraderas,
Agudos y volantes pasadores,
Sin dejar reposar bando cristiano
Hasta que ya lo vieron en lo llano.

Ningún bárbaro más el pié levanta
Ni quiso descender a llana vía:
Los nuestros fueron a su nueva planta,
Donde su capitán los atendía:
Llegaron martes de Semana Santa,
Año de treinta y seis que ya corría,
Pero por ser los curas ignorantes,
La celebraron ocho días antes.

Estando celebrando soberanos
Misterios, aunque fuera de su día,
Supieron de los indios comarcanos,
Mediante lengua que los entendía,
Cómo crecida copia de cristianos
Entraba por aquella serranía.
Siguiendo sus pisadas y sus huellas,
Y que venían en demanda dellos.

No supieron quién eran de presente,
Y el capitán Ampudia se recela,
Imaginando que sería gente
De los de Santa Marta o Venezuela;
Y así con el recato conviniente
A todas horas hubo centinela,
Porque solían resultar cuestiones
Del término de las gobernaciones.

Pues hartas veces vimos furias sueltas
Sobre las tierras en gobierno dadas,
Contenciosos bandos y revueltas,
Cabezas locas bien ensangrentadas,
Y no pocos soldados a las vueltas
Muertos de las espesas cuchilladas,
Y unos y otros en aquel instante
La voz del rey poniendo por delante.

Aquesta gente pues bien informada
De que venían ya por la frontera,
Determinaron ir de mano armada
Para saber de qué gobierno era:

La vista dellos fué regocijada
Desque reconocieron la bandera,
Por ser su Benalcázar que venía
Con peones y gran caballería.

Multiplicáronse contentamientos
Del Ampudia con los recién venidos,
Usando de los nobles cumplimientos
Que suelen los amigos conocidos:
Vinieron a los nuevos aposentos,
Do fueron regalados y servidos,
Que sería lo más cotidiano
Un poco de pescado y algún grano.

Después que descansaron algún día,
Por Benalcázar fué determinado
Que lleven adelante la porfía
De los descubrimientos del Dorado;
Mas para yo llevar la misma vía
Siéntome de presente fatigado,
Y así, primero me será forzoso
Tomar algún espacio de reposo.

CANTO CUARTO

Donde se cuenta cómo Benalcázar despobló la villa de Ampudia y pasó adelante con toda la gente que tenía, con esperanzas de hallar tierras de mayor grandeza; y así por él y por sus capitanes se tentó por diversas partes aquel compás que hoy se llama gobernación de Popayán.

La condición del corazón humano
Con tales esperanzas se halaga,
Que cuantas más riquezas a la mano,
Menos la cudiciosa sed apaga;
Y en el noble varón y en el villano
Antigua suele ser aquesta plaga,
Porque la hambre de crecida renta
Cuando más come queda más hambrienta.

Bien vido Benalcázar el provecho
Que la tierra que huella prometía,
Y según el concepto de su pecho
El mando y el gobierno pretendía;
Mas aunque de las muestras satisfecho,
Otra cosa mejor apetecía,
Y así, debajo de mejorar silla
Por él se despobló la nueva villa.

A la parte caminan del oriente
Donde su voluntad les aconseja,
Y el capitán Miguel Muñoz con gente
Al río que llamaron de la Vieja,
Por una con quien dieron de repente
Llena de espesas rugas la pelleja,
Pero con tantás joyas su persona
Como si fuera moza fanfarrona.

No porque la pintó natura fea,
Mas el tiempo trocó formas primeras,
y así suplía lo que ser desea
Con brazales, collares y orejeras;
Cinta de oro batido le rodea
El vientre, los ijares y caderas,
Las cuales joyas en ajenas manos
Pesaron ochocientos castellanos.

Luego Miguel Muñoz la desembarga
 Debajo de clemente mansedumbre,
 Con lástima de ver edad tan larga
 Traer a cuestras tanta pesadumbre;
 Mas él no rehusó llevar la carga
 Ni de subir con ella por la cumbre,
 Y así volvió con muestra placentera
 Adonde Benalcázar los espera.

Volvieron otra vez a los gorriones,
 Donde deseo de poblar los llama;
 Mas en sus estendidas poblaciones
 Nunca hicieron permanente cama:
 Continuaron peregrinaciones,
 Pasaron por Encerma y por Cartama,
 No sin grandes contrastes de guerreros,
 Pantanos, ciénagas y atascaderos.

Con pérdida de hombres y caballos
 Por incultas montañas y espesuras,
 Do los dejaban sin poder sacallos,
 Con trabajos de tantas desventuras
 Que no podrán particularizallos
 Otras más ampliadas escripturas:
 Al fin, dejadas estas estaciones,
 Vuelven tercera vez a los gorriones.

Desde donde con cierta compañía
 De treinta dellos cada cual lijero,
 El general Benalcázar envía
 Al diestro capitán Juan Ladrillero
 A descubrir dónde la mar batía
 Y ver la costa como marinero,
 Para dejar en ella descubierta
 Algun ancón o conveniente puerto.

En Ladrillero hizo nombramiento
 Por ser en cosas de la mar esperto;
 Y era de Benalcázar el intento,
 Si por allí pudiera hallar puerto,
 Ir a pedir el adelantamiento
 De la tierra que había descubierta,
 Pues al marqués Pizarro no podía
 Hurtar el cuerpo por contraria vía.

Guió pues Ladrillero sus sodales
 Treinta días o más por el altura,
 Mas los opuestos bosques y breñales
 No dan lugar a lo que se procura;
 Topaban con algunos naturales
 Que en barbacoas hacen su cultura,
 De donde cada cual se defendía,
 Y cuando más no puede se huía.

Porque estaba de guadubas cercados,
 Nativas que llegaban a lo alto,
 Y en viéndose los indios aquejados,
 No pudiendo librarse del asalto,
 A las flexibles plantas abrazados
 Daban un gran vaivén para su salto,
 Y sin se desasir hacían vuelo
 Hasta poner los pies en fijo suelo.

Que la guaduba verde se domeña
 A la parte que tira quien colgado
 Va della, sea ya varón o dueña,
 Uso que tienen bien ejercitado;
 Era guarida la cercana breña
 Que los rodea por cualquiera lado,
 Y así desaparecían en un punto,
 Pues saltar y huir andaba junto.

Esto hacían con, tan gran destreza
 Maridos y mujeres y menores,
 Que podía pasar por gentileza
 Entre los escogidos trepadores;
 De suerte, que con esta lijereza
 Dejaban fríos a los vencedores,
 Quedando cada cual dellos ayuno,
 Sin poder tomar uno ni ninguno.

Visto que no valían buenas mañas
 Para poder tomar alguna guía,
 Y que por el embargo de montañas
 Aquel camino se les impedía,
 Acordaron volver a las cabañas,
 Donde su general los atendía,
 Hambrientos y los más dellos enfermos,
 Y otros que perecieron en los yermos.

Luego por todos fué determinado
 Volver a Cali, porque les parece
 Que gozarán, teniéndolo poblado,
 Del fruto que la tierra les ofrece:
 Por Benalcázar fué pueblo fundado
 Allí, que con el nombre permanece
 De Cali, donde hizo nombramiento
 De cabildo, justicia y regimiento.

El un alcalde fué Pedro de Ayala,
 Y Anton Redondo regidor primero:
 A los demás que entraban en la sala
 De sus acuerdos, yo no los refiero,
 Porque la relación no los señala
 Ni los vivos la dan como yo quiero;
 Pues aunque por mis cartas los exhorto,
 El que más dice dellos queda corto.



Dejando pues presidio conviniente
Para seguridades del vecino,
Miguel Muñoz fué puesto por teniente,
Y Benalcázar con su buen destino
Tomando lo restante de la gente,
A lo de Popayán hizo camino:
Fundóse la ciudad en el asiento,
Do vieron antes el gran aposento.

Hizo sus diligencias y procesos,
En obediencia del real escudo,
Y porque barruntaba los escesos
Del bárbaro traidor, feroz y crudo,
Con palenques de guadubas espesos
Se fortaleció lo mejor que pudo,
Año de treinta y seis el mes postrero
Del cómputo que corre desde enero.

No fueron escusadas ni baldías,
Las prevenciones y las diligencias,
Porque todas las noches y los días
Venían a guerreras competencias:
Hubo continuadas baterías
Y bien ensangrentadas resistencias;
Mas ni por sangre ni por medio bueno
A su soltura pueden poner freno.

No se pasaba día sin bullicio
Ni noche que quieta se durmiese;
Velar y pelear es el oficio,
Sin que ninguno reposar pudiese;
Matábanles los indios de servicio
Al descuido menor que se tuviese,
Y en un momento, ya varón, ya hembra
Por la cruel canalla se desmiembra.

Partiéndolos pedazo por pedazo
Y dividiendo cada coyuntura,
El uno lleva pierna, el otro brazo,
Otro las tripas sin el asadura,
Otro riñones, hígados y bazo,
Si no podía más por la presura
Y revuelta de la gente malina,
Andando todos a la rebatina.

Sus bocas son no menos carniceras
Que las de bravos tigres y leones,
Antes aventajados a las fieras,
Hienas, cocodrilos y dragones,
Esceden en crueldad a las panteras
Y tienen muy peores condiciones;
Y aun el día de hoy gente de España
No les puede quitar aquella maña.

No reposaban mucho las espadas
De nuestros españoles circunspectos,
Pues viendo que estas gentes alteradas
Perdían el temor y los respetos
Les dieron tres o cuatro trasnochadas,
Tales que ya vivían más quietos,
Y así con el rigor de los castigos
Granjearon algunos por amigos.

Viendo que del cercano circuito
Venían ya de paz con lisa frente,
Acordó Benalcázar ir a Quito
A recoger caballos y más gente;
A Popayán les señaló distrito
Y al Ampudia nombró por su teniente;
Quedó Pedro de Afiasco por alcalde,
Que no supo comer el pan de balde.

Con Pizarro se vió dándole cuenta
De su peregrinar y de lo hecho:
Particularidades representa,
Pero no los conceptos de su pecho;
Dijo ser tierra donde se cimienta
Con minas de grandísimo provecho,
Aunque por ser su gente belicosa
Sería la conquista trabajosa.

Pizarro se holgó con su presencia
Y de la buena nueva que traía;
Confirmóle de nuevo la tenencia
Con más largo poder del que tenía,
Y diósele sin límite licencia
Para hacer la gente que quería;
Mas no pudo hallar aviamiento
Tan presto como fué su pensamiento.

Porque buscando por diversas vías
Soldados, consumió mas de un invierno,
Y recogidas buenas compañías
Del viejo morador y del moderno,
Volvió con ellos a las serranías
Adonde se plantaba su gobierno,
Año de treinta y ocho por las flores
Del mes llamado mayo de mayores.

A Popayán llegó con gran armada
En este mes y por la dicha era,
Cuya venida fué regocijada
De todos los que estaban en espera,
Por estar nuevamente rebelada
La más gente de aquella cordillera
Y tan alboratados los terrenos
Que miedo de morir era lo menos.

Mas viendo gente nueva castellana
 Muchos se redujeron a sosiego,
 Movidos de temor más que de gana
 Que tuviesen de mitigar el fuego,
 Ni jamás voluntad tuvieron sana;
 Antes conformes en el odio ciego
 Disimulaban en el apariencia
 Enemistad, rencor, malevolencia.

Esperando sazón y coyuntura
 Correspondiente con sus pensamientos,
 Que no siempre concede la ventura,
 Antes suele cortar tales intentos,
 El Benalcázar pues luego procura
 Hacer las suertes y repartimientos,
 Para que cada cual con oro y frutos
 A sus amos acuda con tributos.

Después viendo su gente descansada,
 De más premio y honor estimulado,
 A su rancho llamó la más granada
 Para manifestalles su cuidado,
 Cerca de proseguir la jornada
 Y noticia que tienen del Dorado;
 Y congregados los de más estima,
 Con este parlamento los anima:

"Caballeros, el tiempo nos convida,
 Y nuestro propio punto nos exhorta
 A poner en efecto la partida
 En demanda de lo que más importa,
 Porque para gozar próspera vida,
 Aquesta tierra me parece corta,
 Y aquella do quereis hacer empleo
 Podrá mejor cumplir vuestro deseo.

"Y pues, bendito Dios, estamos sanos
 Y bien apercebido nuestro bando
 De caballos lijeros y lozanos,
 Vamos estas riquezas indagando,
 Antes que nos las quiten de las manos
 Algunos que las vengán rastreando;
 Porque, como sabéis, por muchas bandas
 Corren descubrimientos y demandas.

"Y en noticia que da tal esperanza,
 Cuanta más brevedad menos se yerra,
 Porque de flojedad y de tardanza
 La próspera fortuna se destierra:
 Sea pues la primera nuestra lanza
 Que tome posesiones en la tierra,
 Donde demás del aprovechamiento
 Terneis para con Dios merecimiento.

"Pues no cebará tanto su garganta
 En estas tierras de infernal abismo,
 Dándoles mandamientos de fe santa,
 Y el agua de católico bautismo;
 Haremos de ciudades nueva planta
 En medio deste rudo barbarismo,
 Para que vengán en conocimiento
 De aquel que les dió ser y da sustento.

"Aquí porque sustenten lo poblado
 Y al bárbaro se pueda poner rienda,
 En cada pueblo quedará recado
 Con que de movimientos se defienda:
 Hombres son de valor y de cuidado
 Los que de buenas suertes tienen prenda,
 Y unas veces por paz, otras por guerra,
 Ellos allanarán los de su tierra.

"Trescientos hemos de ir este camino,
 Los ciento de caballos proveídos,
 Que bastarán con el favor divino
 Por ser varones diestros y rompidos;
 A los que son caudillos les asino
 Los que tienen de ser apercebidos:
 Aliste cada cual sus compañías
 Porque salgamos de hoy en ocho días".

Dijo su voluntad, y los presentes,
 Atentos a la práctica propuesta,
 No mostraron las suyas diferentes,
 Según se coligió de la respuesta;
 Tomaron a su cargo los agentes
 De hacer cada cual su gente presta,
 Tan buenos, qual menor dellos tenía
 Punto, valor, esfuerzo, bizarría.

Con armas necesarias, y cualquiera
 Proveido de seda, lienzo, paño,
 Aunque la duración del tiempo fuera
 De segundo, tercero y cuarto año;
 Van Juan de Ampudia, Añasco, Juan Cabrera,
 Martiniañez, Tafur, Juan de Avendaño,
 Luis de Sanabria, que estos tres postreros
 En Cubagua también fueron guerreros.

Llamados pues del tiempo ya propicio,
 Prados con flores, plantas con coronas,
 Para salir al militar oficio,
 Pusieron muy en orden sus personas,
 Muchos indios e indias de servicio
 Que por acá llamamos yanacunas,
 Y en busca de región más eminente
 Caminaron la vía del oriente.

Dejando los albergues agradables,
Los campos y zavanas apacibles,
Por las montañas van inhabitables
Y lugares que son inaccesibles,
Y con trabajos tan intolerables
Que no pueden pintarse de terribles:
Obscuros bosques, ásperos breñales,
Avolcanadas tierras, cenagales.

En cuyas espesuras y conveses,
Sin hallarse recurso de cultura,
Peregrinaron más de cuatro meses
Subyectos a continua desventura;
Con estos infortunios y reveses,
Algunos ocultó la sepultura,
Y al fin fueron a dar a las llanadas
De Neiba, que hallaron bien pobladas:

Tierra de fertilísimas labores
Y campo que hartura prometía,
Adonde ni los fríos ni calores
Se podían juzgar a demasía,
Aunque tienen aquestos moradores
Igual siempre la noche con el día,
Por ser debajo del ecuante cinco
Por quien un polo y otro fué distinto.

En aqueste terreno provechoso,
Contrario de pasadas inclemencias,
Que lo hacían ser más deleitoso
Y de maravillosas influencias,
Tuvieron muchos días de reposo,
Aunque no sin guerreras competencias,
No tales ni con tanta muchedumbre
Que les diese notable pesadumbre.

A causa de hallar estos gentiles,
Al tiempo que vinieron, ocupados
En guerreras intestinas y civiles,
Cruelles contra sí y encarnizados;
Y así por estas competencias viles
Hallaban muchos pueblos asolados,
La cual obstinación, para sí dura,
A nuestros españoles fué segura.

Mas no hallaban del dorado grano
Tanto que fuese rica la contía;
Y así les pareció consejo sano,
Entre tanto que más se descubría,
No dejar tan a solas de la mano
Aquella tierra vista que lo cría,
Donde fundaron pueblos oportunos
Y podían fundar otros algunos.

Fué por estas razones acordado
Quel Añasco y Ampudia se volviesen
A Popayán, do con fiel cuidado
Las cosas importantes proveyesen,
Y en Timaná, terreno bien poblado,
Cristianos fundamentos se pusiesen
Para propagación de la fe santa,
Haciendo de vecinos nueva planta.

En cumplimiento de lo que les manda,
Vuelven con gente que les fué bastante,
Y el Benalcázar por aquella banda
Quel sol descubre rostro radiante,
Deseoso del fin de su demanda,
Pasó con los restantes adelante;
Mas no fué su sospecha falso sueño
Cuando se receló de nuevo dueño.

Pues atinando por lugar incierto
Y vía nunca vista ni hollada,
Aquel fuerte varón, sabio y esperto
Don Gonzalo Jiménez de Quesada
A la sazón había descubierto
Aqueste nuevo reino de Granada,
Ques el cierto Dorado y el empleo
Que trae Benalcázar en deseo.

Y así donde la suerte los aplica,
Eso me da por llano que por sierra,
Hallaban rastro que les certifica
Haber otros cristianos en la tierra:
El invido dolor al alma pica,
Cuya fuerza suspiros desentierra,
Por ver indicios que hacían prueba
E indios que de vista daban nueva.

La cual, aunque gran trecho de camino
Y en aspereza por extremo malo,
Ansimismo con presto vuelo vino
A la congregación de don Gonzalo,
Diciendo venir campo peregrino
Que se tractaba con mayor regalo,
No como los primeros caminantes,
Sino con ropas ricas y elegantes.

Luego con gente bien aderezada,
Dispuesta para lo que sucediese,
El sabio general desta manada
Ordenó que con ella se partiese
Su hermano Fernán Pérez de Quesada
Para que la verdad reconociese,
Y tomase razón de sus intentos,
Buenos o maliciosos pensamientos.

Llegan a Guataquí por sus jornadas
Cerca de Neiba, do los naturales
En respuesta de cosas preguntadas
Hicieron más patentes las señales;
Porque mostraron jaras emplumadas,
Evidencia notoria de sus males;
Y por estos también fueron guiados
A al sitio donde estaban alojados.

Ocultados en cómodos lugares
Cuentan los toldos destas compañías;
Y el capitán Pedro de Colmenares
Y Juan Rodríguez Gil y Juan de Frías
Con algunos soldados singulares
Se bajaron al río por espías;
Porque si tiempo viesen oportuno
Para saber quién son, prender alguno.

Ocultos estos en la fértil vega,
Cuyas verdes orillas y confines
El río de la Sabandija riega,
De los otros, en traje mas insines,
Un cierto joven a caballo llega,
Anzuelos prestos con sus volantines,
Y encima puesto sin hollar arena
Peces quiere llevar para su cena.

Cuando lo vieron mas embebecido,
Procuraron estotros rodeallo,
Mas él, los ojos prontos al oído
Del rocin, como viese meneallo,
A do los inclinó la gente vido,
Y así batió las piernas al caballo,
Saliendo como jara de ballesta,
Sin esperar pregunta ni respuesta.

Brevemente dió fin a su carrera
A causa de lleyallo piés lijeros;
Fué la grita que dió de tal manera,
Que se sobresaltaron compañeros;
Oida la razón por Juan Cabrera,
Salió luego con veinte caballeros,
Pedro de Puelles, Juan Díaz Hidalgo,
Juan de Arévalo y otros hijosdalgo.

Llegaron a la gente mal vestida
La no menos briosa que galana,
Donde cada cual parte fué medida
Según la condición de ley urbana:
Dan recíproca cuenta de su vida,
Principal punto de que tienen gana;
Y así por ruegos y amigables prendas
A todos los llevaron a sus tiendas.

Recibió Benalcázar al Quesada
Con la modestia de sagaz concierto,
Y estoto con prudencia recatada
Tractó de lo que habían descuberto:
Tierra que para más rica jornada
Les mostraba camino bien abierto,
Porque ya por los términos cercanos
Inmensidad se ve de campos llanos.

Vistas las esperanzas que engrandece
Y de lo descuberto los provechos,
El dicho Benalcázar les ofrece
Soldados y caballos y pertrechos,
Porque la paga dellos apetece
Por ir a dar noticia de sus hechos
Al rey, como quien era pretendiente
Ya de gobernador y no teniente.

El Fernán Pérez, no menos urbano,
Le suplicó que lo hiciese dino
De ir a Bogotá, porque su hermano
Viese tan afamado peregrino,
Porque todos debajo de su mano
Le servirán allá y en el camino,
Y que podría ser que se concorden
Los dos, y a sus conceptos diesen orden.

Entrellos no quedó determinado;
Mas la gallarda gente que traía
Con pecho de Pirú sobresaltado,
Quisiéralo guiar por otra vía;
Y Juan de Céspedes disimulado,
Que parte del intento coligía,
Dijo: "Señores, las tierras ganadas
Defendérosias hemos a lanzadas".

Oyolo Juan Cabrera, varón puro
Y digno de las láureas guirnaldas,
Y dijo: "Señor, dormid seguro
Con vuestras tierras, oro y esmeraldas;
Mas si viniésemos a trance duro,
Nunca nos las daréis en las espaldas:
Paz se pretende, quietud, sosiego,
Y no venir a término tan ciego".

Quebrado de pendencies aquel ramo,
El dicho Juan Cabrera le pescuda:
"¿Quién es vuestra merced, porque lo amo
Y deseo servir sin esta duda?"
Dijo: "Capitán Céspedes me llamo,
Harto más conocido que la ruda,
Y en estas partes de las Indias hombre
Que por tierra y por mar vuela mi nombre".



Cabrera respondió desta manera:
"Señor, a mi noticia no ha venido
Tal nombre, pero yo soy Juan Cabrera,
Soldado rodeado del olvido,
A causa de faltarme la primera
Hazaña por do sea conocido;
Y aunque muchos me dan otros derechos,
Nunca me lisonjeo de mis hechos".

Entrestos dos destrísimos jinetes,
Cada cual dellos valido guerrero,
Pasaron estos dichos repiquetes
Por las mismas palabras que refiero,
Sin que se lastimasen los almetes
Ni descubriesen filos del acero;
Pero guiándose por cuerdos modos
En gran conformidad quedaron todos.

Y no prevaletió lo comenzado
Que maquinaba juvenil sentencia,
Porque puestas las cosas en estado
Dispuesto para llamas de pendencia,
Puede sagaz varón y reportado
El fuego mitigar con su prudencia,
Según agora hizo quien lo era,
Que entiendo por el dicho Juan Cabrera.

No resolutos en los pareceres
De ir a Bogotá, según le pide
A Benalcázar nuestro Fernán Pérez,
Dél y de sus soldados se despide,
Que con grandes ofertas y placeres
Cada cual por su parte se comide;
Y el Benalcázar y otros de su bando
Por buen trecho los van acompañando.

Llegan a Bogotá, do los espera
El sabio y animoso licenciado:
El Fernán Pérez dió razón entera
De aquello que tenía deseado,
Diciéndole que Benalcázar era
Capitán de Pizarro, que poblado
A Popayán dejó, a Cali y Quito
Con más lugares deste circuito.

Después de se juntar los dos hermanos,
Pasados como seis o siete días,
Por nuevas de los indios que cercanos
Estaban algo destas serranías
Supieron que por vía de los llanos
Estaban españolas compañías;
Y este era Fedrimán, de quien mi historia
En otra parte ya hizo memoria.

Dije cómo se vieron el aspeto
Y se comunicaron blandamente,
Uno varón sagaz, fuerte, discreto,
El otro discretísimo y valiente;
Ambos se concertaron en efeto
Y hicieron un cuerpo de su gente,
Juzgando que los dos hechos a una
Podían contrastar dura fortuna.

Apenas tal resolución se toma
Entrestos dos insignes capitanes,
Cuando por las laderas de una loma
Vieron las sedas, granas, perpiñanes
De Benalcázar, con el cual asoma
Gallarda bizarría de galanes,
Que entre los otros que valor abona,
Parecían a los de Meliona.

Que los de Fedrimán y del Jiménez,
A causa de su muy larga carrera,
Tenían por los más preciados bienes
Una ropeta de algodón lijera,
Y para dar cubiertas a sus sienes
De lo mismo también una montera;
Pero de todos el de menos nombre
Se podría tener por más que hombre,

Pues como granos de la mina rica
De más bajo metal entreverados,
Quel fuego y el crisol los purifica
Y quedan afinados y apurados,
Así clara verdad nos certifica
Estar aquestos válidos soldados,
Por haber, no sin gran desasosiego,
Pasado por el agua y por el fuego.

Llegó pues Benalcázar donde quiso,
Y fué graciosamente recibido,
Y no de la salud tan sin aviso
Que fien sus cabezas del olvido;
Mas su venida fué con pecho liso
Debajo del diseño referido,
Por ver si por allí se daba maña
Para guiar sus pasos en España.

Vino su diligencia muy a cuento
A los que le hicieron hospedaje;
Pues declarándoles su pensamiento
Como requiere pródigo lenguaje,
Supo tener entrambos en intento
Efectuar aquel mismo viaje,
Porque de lo del reino y del camino
Tenían buena copia de oro fino.

CANTO NOVENO

Donde se tracta cómo Pascual de Andagoya, siendo proveido por gobernador de la tierra adyacente al río que llaman de San Juan, se entró por la tierra conquistada por Benalcázar y sus capitanes, y se hizo obedecer en Popayán y en los otros pueblos desta gobernación, y lo demás que de su venida resultó, hasta la venida de don Sebastián de Benalcázar.

El gusto sensüal del avariento
Al interese corren tan sin freno,
Que lo que puede dalle henchimiento
Parece que lo hace menos lleno,
Y con lo proprio suyo no contento,
Mete las manos en lo que es ajeno,
Fantaseando que cualquier provecho
A él solo le viene de derecho.

Aquestas insolentes sinrazones,
Que vuelan a mil fines aplicadas,
No faltaron en indicas regiones
Antes de estar las cosas asentadas,
Y hubo grandes encuentros y pasiones
Sobre las tierras en gobierno dadas;
De las cuales será prueba patente
La que se nos ofrece de presente.

De la sierra doñacen los dos ríos
Cauca y el otro de la Magdalena,
Que riegan diferentes señoríos,
Según he dado ya cuenta más llena.
Otro procede no largos desvíos,
Llamado de San Juan, pero su arena
Al antártico polo va guiada
Y en las ondas del Sur hace parada.

Por diversas provincias se derrama,
De que no sabré yo ser coronista;
Mas sé que río de San Juan se llama
Por ser tal día su primera vista,
Y dél pidió, guiado por la fama,
Un Pascual de Andagoya la conquista,
Persona que debía merecella,
Y así vino con gente para ella.

A su gobernación en el destajo
No le puso medida tan estrecha
Que no saliese por algún atajo
A lo que más le cuadra y aprovecha;
Y así, por ahorrar duro trabajo
Determinó venir a casa hecha,
Que es la de Popayán, por ser vecina
De la que se le dió, con quien confina.

Y si pudo lugar haber alguno
Para hacer creer ser sus anejos,
Entonces lo halló bien oportuno
En los pechos dudosos y perplejos,
Por conocer gobernador ninguno,
Salvo Pizarro, pero tan de lejos
Que dalles otro gobernador era
Por esta causa cosa credera.

El Andagoya pues allí venido,
Hizo presentación de provisiones,
Dándole a las letras el sentido,
Que conformaba con sus pretensiones;
Y aunque reconociesen ir torcido
Y se pudieran alegar razones,
Los de cabildo, por tener sosiego,
En Popayán lo recibieron luego.

Y en todos los demás por sus tenientes
Fué recebido sin contrarios votos,
Estando destas cosas inocentes
En Timaná, por ser los más remotos;
Mas porque los rumores precedentes
Con mayor claridad les fuesen notos,
Secretamente fueron enviados
Dos yanaconas diestros y avisados.

Estos trajeron relación entera,
Bien informados de ocular testigo,
No sin grave dolor del Juan Cabrera
Por la suerte contraria del amigo
Benalcázar, el cual antes que fuera
Tractó con él la pretensión que digo;
Y así determinó hacer jornada
A este nuevo reino de Granada.

Y el viaje tardó más en pensallo
Que en poner en efecto la partida:
Quisieran los que quedan estorballo,
Mas no bastó palabra comedida;
Con él se fueron treinta de caballo
Amigos, de la gente más lucida,
Y de los fugitivos caminantes
El uno fué Juan Muñoz de Collantes.

Ellos partidos, al tercero día
Allí llegó por el nuevo regente
Aquel capitán Francisco García
De Tovar, para ser allí teniente,
Y vistos los poderes que traía
Lo recibieron amigablemente,
Más requirieronle por vez tercera
Que fuese tras el dicho Juan Cabrera.

Porque llevaba muchos naturales
De los subyectos que les daban renta,
Con férreas colleras y ramales
Y no de carga la cerviz exenta,
Y a Juan Muñoz, que de rentas reales
Que fueron a su cargo no dió cuenta,
El cual en este tiempo que refiero
Era, demás de alcalde, tesorero.

Bien entendido su requerimiento
Y no le convenir disimulallo,
Partió para le dar el cumplimiento
Con treinta y cinco hombres de caballo:
Tanta priesa se dan al seguimiento
Que en tres días pudieron alcanzallo;
Mas el Cabrera con los suyos piensa
Remitir a las manos su defensa.

Vista por el Tovar el aparença
Y el denuedo de la contraria mano,
Mediante tinta hizo diligencia,
Y por papel y pluma de escribano:
Están enteros en su resistencia,
Y como viesse ser trabajo vano,
Debajo de amistad al Juan Cabrera
El Tovar le habló desta manera:

"Señor Cabrera, yerro manifiesto
Es el que cometéis sin fundamento,
Porque querer por armas llevar esto
No me parece ser acertamiento;
Limítese con término modesto
Un hombre de tan próspero talento,
Pues conocéis de mí que ya que salgo
No tengo de volver sin hacer algo.

"Salí forzado por requerimiento
Que me hicieron todos los vecinos,
Pero cierto no tuve pensamiento
De querer estorbar vuestros caminos;
Pues solo fué mi principal intento
Volver indios bozales y ladinos,
Y al señor Juan Muñoz, que de sus cargos
Se viene sin dar cuentas ni descargos.

"Y pues un servidor como yo viene
Y en amistad y amor somos hermanos,
Suplicos que mireis lo que conviene,
Porque los reyes tienen luengas manos
Y do quiera que vais el mismo tiene
Jueces y fiscales y escribanos;
Y así para huir extremos graves,
Los medios me parecen más suaves.

"Tener por bien, si la razón enfrena
A los que della no van discrepantes,
Darme todos los indios de cadena
Y al alcalde Juan Muñoz de Collantes;
Y aquesto hecho, id enhorabuena
Con todos los demás indios restantes,
Porque los sin prisiones bien entiendo
Que de su voluntad os van siguiendo".

Concédenle los indios de collera
Con que del Juan Muñoz no se tractase,
Rogándose mucho Juan Cabrera,
Mas no pudo con él que lo dejase:
En efecto, volvió do no quisiera
Porque el gobernador no lo vejase,
Pero llegado tuvo tal aviso
Que hizo sus negocios como quiso.

Los otros prosiguieron su jornada
Por pasos del Cabrera conocidos
Llegan al nuevo reino de Granada
Cansados, pero no diminuidos;
Donde por Fernán Pérez de Quesada
Fueron con gran aplauso recibidos,
Y no poco conjuntos a su lado
Juan de Orozco y Arias Maldonado.

Volviendo pues las manos a la trenza
Que del nuevo regente se tejía,
Digo que sin empacho ni vergüenza
Usaba del poder que no tenía,
Y la guerra de paeces comienza
Con estampida de arcabucería,
Que muchos arcabuces allí puso
Y desde entonces hubo dellos uso.

En tierras de los paeces entrados,
Caribe gente por extremo fiera,
Tuvieron dos recuentros porfiados,
Do ganó poco la fiel bandera,
Pues fueron compelidos y forzados,
Con pérdida de gente, salir fuera,
Y así volvieron a cristianos puestos
Fatigados y cuasi descompuestos.

La fama, como no pierde camino
Ni se le pone límite ni tasa,
En ponderar el dicho desatino
De Andagoya no quiso ser escasa,
Y a los oídos de Pizarro vino
Con larga relación de lo que pasa;
El cual, en pena de tan poco seso,
Mandó que luego se lo lleven preso.

Estos poderes fueron enviados
A Juan de Ampudia por su gran cordura,
Pero cuando llegaron los recados
Estaba dentro de la sepultura;
Mas para ser mejor ejecutados
Llegó más adaptada coyuntura,
Don Sebastián de Benalcázar digo
Cuyos discursos son estos que sigo.

Año de quince cientos y cuarenta
Cumplidos del divino Nacimiento,
La majestad imperial atenta
A sus servicios y merecimiento,
Demás de darte generosa renta,
Autorizó con adelantamiento,
Trocando su virtud y valentía
Título de merced en señoría.

Por los de sus antiguas amistades
La nueva divulgada y estendida,
Ocurren de las villas y ciudades
A dar el parabién de la venida,
Obispo trajo con sus dignidades,
Mercenario, persona conocida,
De los primeros en esta jornada,
Y este fué fray Francisco de Granada.

Del signo del Leon era salido
Y a Virgo dabá resplandor Apolo,
Cuando fué Benalcázar recibido
Y Pascual de Andagoya quedó solo:
En prisiones lo tuvo detenido
Algunos días por aqueste dolo,
Hasta que a gobernar al Pirú vino
Vaca de Castro, de tal cargo dino.

Aqueste, como trajo poder largo
Y al Andagoya tuvo por amigo
Hizo de sus prisiones desembargo
Y a Pirú luego lo llevó consigo.

Sus insignes hazañas en su cargo
Por escribillas otros no las digo;
Mas sé que en gobernar y hechos buenos
Ningunos fueron más, y muchos menos.

Estos negocios de Andagoya llanos,
Como de Popayán ya se destierra,
El Benalcázar aprestó las manos
Con presupuesto de allanar la tierra:
Convocó los amigos baquianos
Para hacer a los de Páez guerra,
Cuyo nombre da muestras de dulzura,
Pero según antífrasis figura.

Apercibiéronse más de doscientos
Soldados, por sus hechos conocidos,
Y en estos belicosos rompimientos
No menos rompedores que rompidos:
Ballestas y fumosos instrumentos
Fueron en cantidad apercebidos,
Con todos los pertrechos necesarios
A guerra de tan duros adversarios.

Son ciento de caballo, que cualquiera
En este menester era perfeto;
Entrellos va Tovar, que no debiera,
Según parecerá por el efeto;
Satisfaciéndose del enemigo,
Sin morir español ni faltar pieza;
Mas con los castigar según le plugo
No pudo sometellos a su yugo.

Después ya de punir aquestas gentes,
Sobre cuantas nacieron inhumanas,
Recorrieron provincias diferentes,
Ansí remotas como comarcanas,
Gastándose los tres años siguientes
En las pacificar y hacer llanas,
Al cabo de los cuales nuestros reyes
En Indias estamparon nuevas leyes.

Para Pirú con esta diligencia
Por Virrey vino Blasco Núñez Vela,
Donde la tierra falta de obediencia
Contra mandatos regios se rebela;
Y porque de aquí tiene dependencia
Aquello que me resta de la tela
De Benalcázar, la porné cumplida,
Pero con canto nuevo definida.

CANTO DECIMO

Donde se cuenta la venida del virrey Blasco Núñez Vela a Popayán, cómo allí se rehizo de gente para ir contra Gonzalo Pizarro, y llevó consigo al adelantado don Sebastián de Benalcázar, y a Juan Cabrera, y otros valerosos soldados.

Los que mal hacen, porque no se entienda,
Huyen de donde resplandece lumbre;
A los incorregibles el enmienda
Les es intolerable pesadumbre;
Y así suelen decir, a los sin rienda
A par de muerte ser mudar costumbre,
Que como sobre mal subyector caiga
Con gran dificultad se desarraiga.

Pues como corregillos es al gusto
Y voluntad de los celosos reyes,
Y en Indias no viviesen tan al justo
Que no tractasen mal bárbaras greyes,
El gran emperador César Augusto
Don Carlos Quinto hizo nuevas leyes
Para que desterrada la malicia
Se besasen la paz y la justicia.

Fueron en el Pirú mal recibidas,
Y el virrey, más brioso que paciente,
Con celo de las ver obedecidas,
Queríalo llevar por lo valiente:
La furia de las gentes atrevidas
A tal temeridad puso la frente,
Que para lo prender se dieron maña,
Y preso le mandaban ir a España.

Mas en el mar del Sur el mensajero,
Pareciéndole grave desatino
No dalle libertad al prisionero,
En ella lo dejó por el camino:
El para castigar el desafío
A la ciudad de Popayán se vino,
Adonde Benalcázar y sus gentes
A sus mandatos fueron obedientes.

Como reconoció leales pechos
En todos estos pueblos comarcanos,
Juntó soldados, armas y pertrechos
Para revolver sobre los tiranos;
Los cuales ya sus temerarios hechos
Sustentaban con armas en las manos,
Cierta papel tomando por cubija
Y a Gonzalo Pizarro que los rija.

El cual, sabidas bien las intenciones
Del virrey, según hemos declarado,
Para Quito guió sus escuadrones
Y puso contra rey campo formado,
Con tantas y tan buenas prevenciones
Cuantas pedía caso tan pesado:
Hizo el virrey la misma diligencia,
pero menoscabado de potencia.

Fué Benalcázar pues en su servicio,
Y con honroso cargo Juan Cabrera,
Con otros muchos que en aquel oficio
Pudieran ser preciados donde quiera;
Mas no les acudió hado propicio
A los que siguen la real bandera,
Porque los más murieron junto a Quito
En aquel asperísimo conflicto.

Al fin prevaleció lo mal fundado,
Y entonces el derecho quedó leso,
Por se hallar el campo rebelado
Con posibilidad de mayor peso:
Fué pues el Blasco Núñez degollado,
Y nuestro Benalcázar quedó preso,
No libre de heridas, mas de suerte
Que se halló cercano de la muerte.

Mas la que no le dió confusa mano
Cuando Mejera su furor enciende,
Quisiera se la dar un mal cristiano
Que (porque fué leal) lo reprehende;
Y Gómez de Alvarado, más humano,
Del ímpetu tirano lo defiende.
A cuya fe de noble caballero
Benalcázar se dió por prisionero.

Quieren decir algunos que Gonzalo
Pizarro, precediendo sinsabores,
No tuvo contra él intento malo,
Tractándolo por términos mejores;
Pero para privallo del regalo
No faltaban perversos consultores,
Diciéndole: "Señor, destos los menos,
Que tarde, mal y nunca serán buenos".

Al fin el Alvarado con prudencia,
Siendo su propio honor el interese,
Solicitó con suma vehemencia
Que libertad precisa se le diese,
Y así Pizarro proveyó licencia
Para que a su gobierno se volviese;
Y al mismo punto quel despacho vino,
Se puso con algunos en camino.

Huyendo de los términos tiranos
Ninguno de buen pecho más espera,
Dejándoles las capas en las manos,
Y destos Francisco Fernández era,
Aunque después el pobre cascós-vanos
Contra pendón real alzó bandera:
En los cuales sucesos no me alargó
Porque otros los tomaron a su cargo.

De Benalcázar tracto solamente,
Que caminó con la licencia dada,
Y por consejo de dañada gente
Fué dentro de dos días revocada;
Y así fueron con paso diligente
Tras él por estorballe la jornada,
Pero, herido ya desta sospecha,
El camino real de sí desecha.

Por la sierra se fué con este miedo,
Sin reparar desdeque salió de Quito,
Por verse lejos de tan mal enredo,
Cual es el que pusimos por escrito;
Y entonces sucedió lo de Robledo,
Que porque lo conté no lo repito,
Mas quien quisiere relación más llena
Lea lo que tracté de Cartagena.

Sobre mil y quinientos ya corría
El de cuarenta y seis y de nuestro fuero,
Y en el décimo mes al cuarto día
Vieron este suceso lastimero,
El mismo año que fureros cría
La muerte del virrey fué por enero;
Y este negocio, de lealtad ajeno,
En las Españas dió terrible trueno.

Por el Pirú la furia más se empaña,
No que faltase quien al rey obligue,
Pero comunidad, si desatina,
Olvidada del bien lo malo sigue.
Al fin su Majestad se determina
Enviarles juez que los castigue,
Y fué contra la pérdida borrasca
El cuerdo licenciado Pedro Gasca.

A Panamá llegó, donde la llama
Tiránica tendía su creciente;
Mas a los principales de la trama
Ganó las voluntades fácilmente,
Y a Benalcázar por su buena fama
Escribió que procure hacer gente,
Para luego pasar en su demanda
A Pirú contra la rebelde banda.

Visto por Benalcázar el edito
Y sello de potencia soberana,
Con gente se partió via de Quito,
Porque ya la ciudad estaba llana;
Al fin se vió con él y en el conflicto
De la batalla de Xaquixaguana,
Do Gonzalo Pizarro con el resto
Quedó de vida y honra descompuesto.

El cual pudo vivir rico y contento
Sin aspirar a regio señorio,
Mas tendió velas a su desatiento
Por golfo de supremo poderío,
Y así, con soplos de soberbio viento
Y poco lastre, zozobró el navío,
Ahogando proezas de servicios
En ondas de tiránicos bullicios.

Viérades por el lodo las grandezas
De los que se mostraban más lozanos,
Y en qué pararon sueños y torpezas,
Furias y devaneos de tiranos,
Y cómo los varones de riquezas
Con nada se hallaron en las manos,
Confiscado caudal, honras perdidas,
Demás de las yacturas de las vidas.

Dado ya fin a la tirana guerra,
Cuyo castigo fué sanguinolento,
Demás de multitud que se destierra
Menos culpados en el alzamiento,
Benalcázar volvió para la tierra
Donde tenía su adelantamiento,
Con deseo de ya vivir quieto
Si pudiera gozar de tal efeto.

Mas en la rueda del humano juego
Siempre fortuna da carta cubierta,
Y así cuando teneis algun sosiego,
Que raras veces a venir acierta,
Para los perturbar acuden luego
Cien mil desasosiegos a la puerta;
Porque la quietud de los humanos
Es tal que se desliza de las manos.

El más cierto placer es como sueño
Que en memoria no hace permanencia;
Lo cual en Benalcázar os enseñó,
Que cuando vido dél un apariencia,
El licenciado Francisco Briceño
Llegó para tomalle residencia
Sobre la muerte de-George Robledo
Y algunas cosas que escribir no puedo.

Hasta de la más baja menudencia
Le hizo cargo, y admitió querella
De la viuda que con impaciencia
Lloraba siempre la marital mella:
Vistas las causas, pronunció sentencia,
Que fué de muerte, mas apeló della
Ante el monarca de suprema silla,
Para seguir sus causas en Castilla.

*Ista Benalcázar potuit concludere tumba,
Ipsius at famam claudere non valuit:
Succubuit fati, quae passim candida turbant,
Gesta tamen calamo sunt celebranda pio.*

Yace Benalcázar fuerte
En esta terrestre cama
Que cubrela frágil trama;
Pero no pudo la muerte
Encubrir su buena fama.

Tomó fianza el que lo condena,
E ya puesta por obra la partida,
Vejez, enfermedad y grave pena,
Le cortaron el hilo de la vida
Dentro de la ciudad de Cartagena,
Emula gente, pero comedida,
Que como nobles y de canas sienes
Le hicieron exequias muy solenes.

Pagado pues el natural tributo
Cargado sobre todos los mortales,
El don Pedro de Heredia puso luto
Con los demás vecinos principales,
Haciéndole sepulcro bien instruto,
Honrosos y cumplidos funerales,
Y encima de la tumba do yacía
Pusieron una letra que decía;

Fué de los hados rendido,
Y a la injuria sometido
De mudanzas temporales;
Mas sus hechos fueron tales
Que no merecen olvido.

Cuando cerró los ojos con eterno
Sueño, fué por el año de cincuenta,
Y hasta ver gobernador moderno
O lo que más al alto rey contenta,
Briceño se quedó con el gobierno:
Y así para dar dél honrosa cuenta,
Dió conductas y cuerdas instrucciones
Para hacer cristianas oblaciones.

A Vasco de Guzmán, por el abono
Que dél tenía por la común fama,
Mandó poblar en lo de Guachicono,
Que por los nuestros Almaguer se llama;
Al cual poco después quitó del trono
Por dar oídos a quien lo desama,
Siendo del desacrédito terceros
Un Juan de Medellín y Luis Mideros.

A cuya petición fué proveido
Alonso de Fuen Mayor, que era yerno
De Benalcázar, hombre ya rompido,
Y de buenas industrias y gobierno:
Muchos soldados siguen su partido,
Que no señalará nuestro cuaderno;
Mas dellos fué Vicente de Tamayo
Que desta tela me proveyó sayo.



